

supongamos que el Sultán se le enoja, que le dejan de la mano los accionistas, que hay entre los océanos la diferencia que dicen los escépticos ó que pasa cualquier cosa mala de las muchas con que hay que contar en esa empresa, ¿acaso sería menos grande Mr. de Lesseps? ¿Acaso merecería censura por su hazaña?

Maximiliano quedó callado y triste; á poco se levantó de la mesa y se retiró á su cuarto sin hablar palabra.

En los días siguientes la conversación fué de viajes y de arte, como que el Archiduque era de un entusiasmo y de una buena fe encantadores. Todo lo alababa: la hermosura de las venecianas, la majestad de las romañolas, la osadía de las albanesas, el fuego de las andaluzas y hasta el trapío y buen aire de las negritas brasileñas. La Alhambra le había dejado suspenso, el Stromboli le había hecho prorrumpir en gritos de admiración, la Torre del Oro, el palacio de San Telmo todo le había producido impresión imborrable; pero lo que más le hechizaba era la selva virgen, el desierto, la libertad, la vida sin trabas.

Un día, Kuhahewich, administrador del dominio de Miramar, me dijo con alborozo mal comprimido:

— El Emperador no irá á México, irá á Grecia, porque la reina Victoria le ha hecho proponer aquella corona.

Pero ni de Grecia ni de México se volvió á hablar en muchos días; los planos de Chapultepec y del palacio de México estaban enrollados en la biblioteca y sin empleo

ninguno, y el plan, si lo había, de llevar al Príncipe á gobernar á los griegos, no llegó á conocerse por las conversaciones de sobremesa. Apenas un día, entusiasmado ante una puesta de sol, exclamó en un arranque involuntario:

— Venid, Carlota, venid á ver el espectáculo que desde esta terraza se disfruta. El sol, el sol; yo le sigo siempre y le miro como mi deidad protectora... Soy una cigarra ateniense que no sabe más que cantar entre las tostadas hojas de los olivos; soy un pastor que viviría por su gusto apacentando ovejas en la cima del Himeto... ¡Qué bello mandar en un país que fué de dioses y que hoy es de héroes!...

Pero Carlota le salió al paso:

— Sois el mismo, Max, el mismo poeta tierno y melancólico... Debéis refrenar esa imaginación si no queréis ser juguete de ella. Reflexionad que Grecia es un país tan





pobre, que no podrá nunca satisfacer nuestra lista civil... México es tierra rica y grande, y bien administrada, como sin duda lo estaría bajo vuestro gobierno, tendríais oportunidad de satisfacer en ella todos vuestros caprichos de artista y de hombre culto.

— México, dijo Maximiliano, sería una etapa, nada más que una etapa de un destino mejor... ¡Quién sabe!... La suerte tiene tantos misterios, que quizás yendo á México se llegara á... Mas no, no lo creáis; querer redimir á un país que ha vivido en guerra cincuenta años, no es empresa para un hombre solo...

Después de un largo silencio, volvió Maximiliano á su eterno tema: la libertad, la vida sin trabas, la selva virgen.

— ¡Oh, no sabéis lo que es la selva! se siente algo grande y misterioso al acercarse á ella: es un sentimiento de asombro, de veneración y de esperanza, como el que sobrecoje el ánimo dentro de las catedrales góticas, en las catacumbas de Roma ó bajo la bóveda de las pirámides... Al mirar el recinto del bosque virgen hay que pasarse de la enormidad de la naturaleza y del vigor del suelo que produce esas masas impenetrables de verdura. Bajo aquellas bóvedas todo germina, todo florece, todo fructifica; hay criaturas aladas y de variados plumajes que cantan y gorjean; hay gigantescas mariposas que revolotean sobre flores enormes; hay serpientes y lagartos

que se deslizan bajo la hierba... Desde el sexto día de la creación todo es allí perfumes, movimiento y canciones, mas el enigma queda siempre vivo... Y luego, la vegetación es inmensa: en el suelo las frescas azoideas, los helechos, las musáceas de enormes hojas y las escitamiéas de flores encendidas; más arriba las bromeliáceas, y en la cúspide los enormes árboles que tocan los cielos con su copa... El bosque es la imagen del mundo: primero, las plantas rastreras, que son la imagen del adulador de los fuertes; luego, las que crecen en sitios recatados, que se asemejan á las almas generosas que ocultan su mérito; después los filodendrones, que como su nombre lo indica, viven siempre al arrimo del poderoso; á continuación, las bromeliáceas, que se contentan con una obscura medianía, y al fin los árboles enormes, que cuentan miles de años y que tras siglos de trabajo logran asomar su copa pujante en el bosque ubérrimo. Esos árboles son los reyes, los fundadores de dinastías, los héroes y los hombres superiores... ¡Feliz quien como esos árboles recibe primero el beso del sol en su copa y capta primero con sus raíces las corrientes de aguas vivas que circulan bajo tierra! ¡Feliz quien logra el privilegio de atraer el rayo si es árbol y la calumnia si es hombre, porque ellos sabrán resistirlos sin sentirse hendidos ni rotos!

Se detuvo el Emperador tras de esta tirada lírica, y luego, elevando aquellos ojos bellísimos, hechos de azul



de los cielos, de los lagos, de las turquesas y de los rompientes de gloria de los cuadros místicos, habló así:

— Y en vuestra patria, señora, debe de haber muchos bosques así, ¿no es verdad?

— Sin duda, Sire.

— ¿Y abundan en ellos esas raíces, esas hojas, esas sambandijas con que los indios curan sus dolencias?

— Seguramente, Sire; mas yo no he entrado nunca á ellos.

— Ya entraréis; cuando haya logrado alejar todo apoyo extranjero; cuando los mexicanos me obedezcan como un solo hombre; cuando podamos dejar el embrollo y la confusión del palacio de México, saldremos á buscar uno de esos asilos ignorados y viviremos en él por algunos meses.

— Mas, Sire, abundan las plantas perjudiciales y las alimañas ponzoñosas...

— No han de ser tan perjudiciales las plantas ni tan venenosas las alimañas como las que se crían en esos pudrideros que se llaman cortes...

— Hay raíces que matan pasado un año cabal del día en que se las cortó; hay frutos cuya secreción lechosa produce convulsiones tetánicas; hay hojas que inflaman el cuerpo; hay tubérculos que enloquecen; hay árboles cuya sombra ciega; hay animales cuya picadura no se siente y que matan al que les pisa, produciéndole una risa inacabable...

— Sois muy medrosa, señora; conozco ya el bosque virgen y nada de eso me ha pasado. Creédmelo; hay veces que sueño en ese oasis, y despierto lloro al pensar que en vez de cúpulas de verdura tengo sobre mí artesones de piedra y de madera...

— Quizás tengáis razón, Sire; soy muy medrosa y no tengo en cuenta que al mismo tiempo que esas cosas horribles, se hallan también plantas benéficas, plantas que curan viejas dolencias y que casi hacen milagros. Un amigo mío sabe de una hierba que repara las fuerzas y vuelve el vigor perdido á los organismos más debilitados; mediante ella los hombres se conservan eternamente jóvenes, y las mujeres son eternamente fecundas... Hay hombres destruídos por las enfermedades y por los excesos que recobran la fuerza de los veinte años; hay mujeres que conciben y dan á luz á los setenta años sin esfuerzo alguno...

El lánguido azul de los ojos del Emperador se tornó animado y sonriente.

— ¿Y en qué lugar de México crece esa planta maravillosa? ¿Cómo se llama? preguntó Maximiliano bebiendo su vaso lleno de vino blanco.

— No sé, Sire, pero me parece que nace en la Huasteca veracruzana... Se llama... se llama... Me parece que se llama Cuachechilahua... No estoy segura.

— Pues escribid mañana mismo á vuestro amigo diciéndole os envíe una buena cantidad de esa hierba mara-



villosa... Ya sabéis que soy dado á la botánica, y me convendría analizarla y estudiarla... Dios mío, ¡qué maravilla! Recobrar la fuerza perdida es reconquistar al mundo, es revivir, es ser otro hombre... Ese descubrimiento sería más notable que el de la dirección de los globos, que el del movimiento continuo... Ser eternamente jóvenes los hombres, ser eternamente bellas las mujeres, ¡qué ensueño más hermoso!

Pasamos la Emperatriz y yo al gabinete contiguo á su dormitorio, y vimos al Emperador que se paseaba en el fumadero. La impaciencia que le devoraba se le conocía en que arrojaba uno tras otro los cigarros después de encenderlos. Luego abrió la ventana y se quedó mirando la noche estrellada y tranquila; después llamó á su fiel criado Judas y se retiró á su dormitorio.

La Emperatriz no despegó los labios; siguió al Emperador en toda su tarea, se levantó del asiento, dió un paseo por el salón y salió sin darme las buenas noches. Apenas la oí exclamar con voz mojada en lágrimas:

— ¡Pobre Max!

La vida aquella tuvo pronto un paréntesis: empezaron á llegar las actas de adhesión procedentes de México y fué menester ponerse á examinarlas: el Emperador aprendió entonces los nombres más enrevesados de poblaciones y personas, y tenía á gala el decirlos y repetirlos:

— Ya lo veis; los vecinos de Huauilpa, Pachivía, Te-



— Pasamos la Emperatriz y yo al gabinete contiguo...



nanguillo, Acapotlahuaya, Cacahuatlán y otros muchos del departamento de Cuernavaca, me llaman á toda prisa.

— Fijaos qué bien hablan y cómo deploran errores pasados los Cacamas de Tepetlapa; los Martínez de San Mateo Nejapam; los Mellados de Ahuehuetitlán, y los Pérez de Tlalechichilco... Todos desean salir de esta anarquía, todos quieren que reine el orden y todos me llaman con voces sinceras...

No se necesita ser morfologista para comprender cómo pronunciaría el Emperador aquellos nombres en su lengua hispano-tudesca; mas un día pude convencerme de que tenía una disposición maravillosa para el azteca sin necesidad de que el prehistórico Chimalpopoca le diera una sola lección: le escribió Almonte á principios de Enero, y le decía entre otras cosas: «Por aquí todo marcha bien; la familia de Juárez salió de San Luis para el Saltillo y no tardará en seguirla su jefe; Mejía se conserva en Querétaro y Márquez en Morelia; Bazaine entró á Guadalajara sin disparar un tiro; Vidaurri, conforme lo dije á Vuestra Majestad, es todo nuestro, y aunque Juárez cree contar con él, sé que tal esperanza saldrá fallida. La cuestión eclesiástica espera para resolverse la presencia del Emperador y el concordato que de seguro ajustará con Roma V. M. procurando dejar á salvo los intereses de la Iglesia y los de los poseedores de buena fe. Por este correo sale un bulto conteniendo actas de adhesión al imperio,



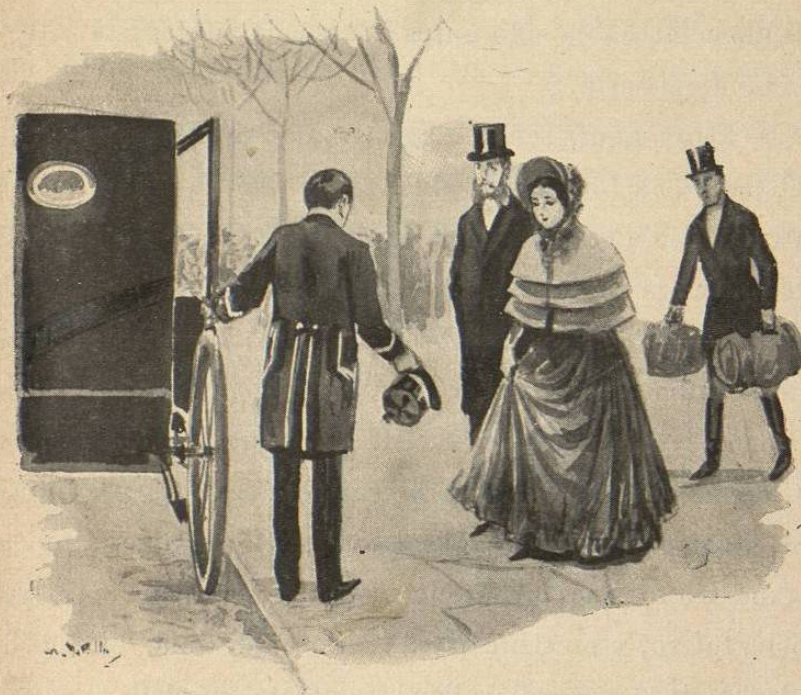
procedentes de trescientos veintiséis pueblos cuya lista remito al señor barón de Pont. Sírvase fijarse V. M. en las actas que señalo especialmente, que contienen conceptos que quizá le causen agrado por más que sean muy merecidos. Mi familia, que ya está aquí desde fines del pasado, besa las manos de V. M. y de la Emperatriz y se encomienda á su benevolencia. Tengo el honor, Sire, etcétera... J. N. Almonte. »

Maximiliano pasó intranquilo todo aquel día; pero al siguiente su impaciencia no tuvo límite: envió recados á Trieste, telegrafió á Viena y á Cherbourg, preguntó con urgencia á París; pero nadie supo darle cuenta de aquel cajón que parecía encantado.

— No es posible que eso se pierda, exclamaba Maximiliano. Y pensar que allí se encontraban las adhesiones de lugares tan importantes como Teloloapam, Zilacatlán, Chichacachapa, Coatepec, Tonalapa, Huaquiltapa, Ahuacatlán, Chapa, Zacatlancillo, Alahuixtlán, etc... Y así seguía ensartando nombres como si estuviera afásico y necesitara hacer ejercicios de lengua.

A los dos días, cuando ya sabía de memoria los nombres de los trescientos veintiséis pueblos con todas sus congregaciones y rancherías, llegó una carta que le puso de buen humor: la caja se había extraviado en una posada de Bellevue y se había hallado bajo una cama; el posadero había confundido el bulto con otro de mantequillas, y

cuando se encontró que en vez de mantequillas iban papeles mojados, remitió el bulto á su destino adonde llegó sin novedad á los pocos días. Cuando he leído que al Emperador le forzaron la mano obligándole á aceptar un imperio que le repugnaba, me he acordado de la pérdida de



las actas de las importantísimas ciudades que se llaman Teleoloapam, Teposonalquillo, etc., y me he convencido de que si los imperialistas tenían muchos deseos de que Maximiliano les hiciera felices, más deseos tenía Maximiliano de labrar la dicha de México.

A principios de Febrero, Sus Majestades Imperiales sa-



lieron para Viena, Londres, Bruselas y París; yo me marché á Tours y á Bayona á ver á mi yerno y á llevarle algunos auxilios. Llegué á París y me encontré con algunos paisanos que habían ido á saludar al Emperador; pero ninguna visita de las que me hicieron me satisfizo como la del general Mendoza: ya era imperialista, pero tan tremendo como había sido antes tremendo santanista y tremebundo juarista.

— Estoy aquí, señora, aguardando á Sus Majestades, que han ido á Londres á saludar á la familia de la Emperatriz y que no tardarán en venir... Napoleón bajó á recibir á nuestra Emperatriz hasta el sexto peldaño de la escalera, y mi prima la abrazó muy cordialmente. Tres *soirées* hubo en las Tullerías y á todas fuimos invitados los mexicanos. Además, S. M. ha recibido dos noches en la embajada de Austria: la primera á los ya presentados, ó como él dice, á los *amigos viejos*; la segunda á todos los mexicanos que quisieron mostrarle sus respetos... Esa noche fuí yo, y no tiene usted idea, señora mía, de la acogida bondadosa, cordial, llena de afecto, verdaderamente *princière* que me hicieron el Emperador y la Emperatriz... Son excelentes personas... SS. MM. mexicanas han andado de la ceca á la meca; paseos, teatros, tertulias, museos, todo lo han visto y lo han calificado con su sabiduría y su admirable ojo de artistas; la caza, ese ejercicio propio de príncipes, les entretuvo dos tardes, y en ellas el Empera-

dor mató por su propia mano á varios ciervos... En las Tullerías todo es discutir sobre negocios de México: no se lee allí sino á Chevalier y á Fossey, y ayer, que fué recibido Jecker á comer en la mesa de mi prima, deslumbró á todo el mundo contando maravillas de las minas de diamantes de Guerrero, de las de oro de Sonora, de las de plata de Guanajuato y Zacatecas, y de los yacimientos de carbón de Coahuila. Ya usted sabe, señora, que no hablo bien el francés; pero créame que me sentía envidioso de su cuñado al oírle hablar de bosques de maderas preciosas, de pájaros de maravilloso plumaje, de indios mansos y buenos y de una multitud de cosas que yo ¡oh vergüenza! ignoraba á pesar de ser mexicano. Al escuchar aquellas prodigiosas relaciones, Napoleón III no pudo menos de exclamar, dando un abrazo al emperador Maximiliano:

— Os he tallado un imperio en una mina de oro...

